

Buenas noches.

En primer lugar y para quién no me conozca, me voy a presentar.

Me llamo José M^a Ramírez Rubio, aunque todos me conocen como Pepe Ramírez. Nací hace 57 años en Conil de la Frontera. Como dijo una vez ese gran corredor chiclanero, al que muchos admiramos, Juan Carlos Jiménez Sena. "Pepe Ramírez es de Conil, vive en Arcos, trabaja en Rota y corre con los de San Fernando". Y así era. Para qué complicarnos la vida, de Cai, Cai.

Se me puso la cara del emoticono de la sonrisa cuando leí el anuncio que hacía el club en su página web para presentar el logo conmemorativo de los 25 años del club.

En él se decía textualmente: Su presentación será el viernes 25 de enero, a las 20:00 horas, en el Centro de Congresos de San Fernando y correrá a cargo de nuestro querido amigo, atleta, escritor, actor, soldado, José María Ramírez Rubio.

Uffffff, me pude imaginar si no la persona que lo había escrito, quién había proporcionado la información. Aunque sé que está hecho con todo el cariño del mundo, me parece que el que lo escribió puede hacer las veces de mi abuela. Y por eso quiero puntualizarlo en aras de la verdad y de la humildad que pretendo llevar siempre a mi lado como compañera de viaje.

Querido amigo, por supuesto. Tengo muchos amigos en el Carmona Páez. Veinticinco años dan para mucho. La amistad nace en los sentidos y termina afincándose en esa parcela del corazón donde anidan los sentimientos. Por eso es tan importante aprender a ver con el corazón, lo esencial, es invisible a los ojos.

¿Atleta? Si. El diccionario de la RAE dice que atleta es aquella persona que practica el atletismo. Aunque yo añadiría "popular". Y se me viene una anécdota a la memoria... Organizábamos una carrera y presentándosela a los políticos de turno, le dijimos que la carrera popular sería de unos 10 kms. y discurriría por el centro del pueblo.... el concejal de deportes movió la cabeza de una forma que captamos de inmediato que había algo que no le gustaba. Nos quedamos

callados mirándolo y dijo: Y tiene que llamarse popular, no podría ser maratón, carrera conmemorativa de algún santo.... Evidentemente no era del Partido Popular.

Y digo popular, a mucha honra. La palabra atleta me merece un enorme respeto por lo que representa para mí y a los que representa. Pero si, digo con orgullo que soy un corredor popular, que siempre puso su corazón en cada zancada, su esfuerzo en cada metro y su ilusión en ser un auténtico carmonero, fiel reflejo y digno representante de Rafael Carmona, en ese club que lleva su nombre, ese que mostramos con orgullo en el escudo que paseamos en nuestros pechos por la geografía española, de dar siempre todo lo que tenía fuera mucho o poco, y ser sobre todo compañero y persona.

Escritor. Bueno.... No ocultaré que me encanta escribir, que he hecho mis pinitos, pero de ahí a ser escritor media un abismo. Vamos a dejarlo en aprendizaje que juega con la fantasía de las palabras, que las viste de colores, de sentimientos, de ilusiones, para acercarlas a los renglones del libro de cada persona, y que sean ellas las que combinen ese arcoíris de realidades y sueños, le den forma y vida, y así confeccionen su propio teatro de la vida.

Actor.... Aquí el emoticono cambió de aspecto y se convirtió en ese que tanto nos gusta a todos y que es el más empleado, el de la risa abierta, llorando a lágrima viva. Y se me vino enseguida a la memoria la imagen de mi buen amigo y compañero Esteban Choquet, que cuando le comenté que hacía teatro, me puso el sobrenombre del "Arturo Fernández de Arcos". Y es cierto. Hice teatro de niño, de joven y de mayor. Siempre me encantó, aunque también me puso en más de un aprieto, como en aquella obra teatral, La "Navidad de los niños pobres" en el colegio de curas trinitarios en Algeciras. El salón de actos a reventar de madres y padres, y sobre todo de las alumnas del colegio de las monjas de al lado. Yo tenía 13 años. Era una obra lacrimógena, de un padre viudo, con dos niños pequeños y una niña. D. Francisco el maestro, se encontró con el dilema de que nadie quería hacer ese papel, sobre todo porque tenía que llevar..." faldas". Ni locos, vamos.

Se ideó un sorteo, con la condición "sine qua non", de que el elegido fuera quién fuera tenía que aceptar el papel.... ¿Y a quién fue a tocarle? Pues sí. Me pasé

toda la obra de teatro intentando a parte iguales que no se me olvidara el papel y que no se me vieran los calzoncillos.

Y ya de mayor he estado en el grupo “Entretelas Teatro” de Arcos de la Frontera, representando varias obras, cuentacuentos, entremeses, etc., pero siempre de actor, aquí no pega “popular” así que diremos “amateur”

Y por último soldado. Eso sí, y a mucha honra... y como decía Calderón, “si es honrado, pobre y desnudo un soldado, tiene mayor calidad que el más galán y lucido, porque aquí a lo que sospecho, no adorna el vestido al pecho, que el pecho adorna al vestido... Y así, de modestia llenos, a los más viejos verás, tratando de ser lo más y de parecer lo menos...”

Treinta y dos años de servicio de Infante de Marina, orgulloso siempre de ser como dice nuestro lema:” Valiente por tierra y por mar”, resaltando valores que, como no, también van en el ADN de un carmonero: Valor, honor, disciplina, lealtad, espíritu de equipo, esfuerzo, constancia.

Una vez aclarados estos aspectos, qué decir de cuando recibí la llamada de nuestro presidente, Enrique Pérez Traverso, pidiéndome que presentara el logo de nuestro 25 aniversario.

La primera palabra que se me vino a la mente fue ORGULLO. Es un orgullo, siempre lo ha sido, representar a este club, a mi club. Ese que me vio nacer como corredor y al que llevo prendido en ese lugar donde solo habitan los sentimientos.

Y mi imaginación, vuela veinticinco años atrás. Veinticinco años corriendo por carreteras, caminos, playas, montes, pueblos, esteros, marismas, fango, que se yo... Veinticinco años donde aprendí a creer, que los sueños si se persiguen con fe, con perseverancia, con tesón, se alcanzan. Y se alcanzan con creces. Tantas ilusiones, tantas metas que me proporcionaron multitud de satisfacciones. Me sentí integrado, respaldado, querido, representando a este club cuyo escudo de tanto llevarlo pegado al pecho, se me quedó grabado en la piel con letras de cariño, respeto y admiración.

Ser carmonero es mucho más que un sentimiento. Es un apego, una paloma en vuelo por ese inmenso cielo azul de la bahía, una brisa fresca de la mar que se cuela en tus adentros, una sonrisa abierta de alegrías y templanzas, una mano compañera siempre tendida, con cinco dedos esféricos, tan iguales y diferentes a la vez, que te muestran las semblanzas de la lealtad, el compromiso, la fe, la solidaridad y la amistad. Ser del Carmona es un verbo conjugado con multitud de nombres y acentos, grabados en voces y rostros que nunca morirán porque viven en nuestros ojos, en nuestros oídos, en los desvanes de la memoria.

Y vuelvo atrás, y veo a Lole Camacho hablándome del club que acababan de fundar, preguntándome si quería pertenecer a él. Ni me lo pensé, pues claro que quería. Lole fue mi maestro, el escultor que con su buril me modeló como corredor, el que me enseñó este ritual atávico, ancestral que se asemeja al de aquellos guerreros que se preparan para la batalla, como algo sagrado, en el que cada cual interiorizaba sus miedos, sus creencias y que se convirtió en una filosofía de vida, donde primaba por encima de todo el respeto, la amistad, el compañerismo. Los valores que pregonaba un club modesto, humilde, donde el primer objetivo era sencillamente ser lo que eras, y todo lo que te ponía a tu alcance era trabajo, esfuerzo, horas de entrenamiento, entrega, pero siempre bajo la marca del respeto, la humildad, el corazón abierto, el espíritu de equipo, el ejemplo.

Ser “carmonero” es mucho más que un sentimiento, es algo más que ser un simple corredor. Es una pasión, es ese rescoldo encendido que alumbra el alma, es tener corazón noble de guerrero, de los que miran de frente al infinito y se atreven a atrapar los sueños. Es tener fe en alcanzar las estrellas con los deseos. No importa lo que corras, ni tus ritmos, ni tus cadencias.

El Olimpo de los elegidos es efímero, pasajero y no se alcanza con subir al podio en cada carrera, aunque haya muchos que te den palmaditas, halagos y se acerquen a ti como si fueras un icono del éxito y de la fama. Llegará el día en que otro será más rápido que tú. El Olimpo de los dioses se alcanza cuando sabes darle valor a esa corona de laurel que te han puesto sobre la cabeza. Cuando acabas una carrera con malas sensaciones y peor crono, pero has sabido esculcar en tu interior y sacar en la más completa soledad lo mejor de ti

mismo, aunque nadie lo valore. Ahí está el verdadero secreto. Ahí se esconde la esencia de la verdad del corredor de fondo.

Ese es el galardón más importante que me han dado en mi vida de atleta, una bonita corona de laurel, por todo lo que simboliza. Lo importante eres tú. Tú eres el centro sobre el que gira todo, eres ese sol de la mañana que en su más absoluta humildad va repartiendo rayos de vida por todos los puntos cardinales a lo largo de un cielo que nunca se acaba. Es esa sensación de felicidad infinita que se te pega al alma cuando se apagan los ecos. Ese corredor, esa corredora que se sacrifica por cubrir la distancia a golpe de esfuerzo, de intensa comunión con tu cuerpo, sacando del insondable pozo al que te asomas ese reflejo, esa imagen de bravura, de lucha, de tesón. Esa capacidad de no darte nunca por vencido, inasequible al desaliento. Que se sacrifica al extremo de darlo todo y llegar a la ansiada meta con moral de acero, donde en lo más íntimo de tu ser sientes al cruzar esa pancarta, que te sabe a gloria bendita, colgada de los balcones del cielo, como si hubieras conquistado el laurel de la eternidad, la felicidad de que tu esfuerzo ha merecido la pena. Y te sientes como un barquito velero navegando por la azulada bahía, marinero y cielo, camino y pájaro, persona e isla, y en toda la extensión de la palabra, carmonero.

Y si la Infantería de Marina me hizo soldado, el Carmona me hizo corredor. Me enseñó valores en los que creo y definiendo. Lo importante es ser fiel a ti mismo, no dejarte llevar por inercias equivocadas de atajos y falsos egos. Corres como entrenas, entrenas como vives. Vives como sientes y sientes aquello que te llega al corazón y se queda prendido en las azoteas de tus universos. Sin olvidarte de tus raíces. Quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos. Con los pies en el suelo, siguiendo el ejemplo y la humildad de esa persona por la que el club lleva su nombre, nuestro recordado Rafael, que encarnaba como nadie al magnífico atleta que se nos volvió firmamento, infinito, eterno.

Murió como había vivido, con las zapatillas puestas, fiel a sus principios, a una manera de vivir, como héroe mitológico que entregó en toda su plenitud el don más preciado que tenía, su propia vida, alcanzando la inmortalidad en nuestro club, en nuestros escudos y en nuestros corazones.

Persona humilde y entrañable que se hacía querer. Infante de marina que representaba valores tales como espíritu de sacrificio, valentía, disciplina, lealtad, compañerismo, solidaridad, entrega.

Su legado de gran deportista, su leyenda de mejor persona a la cual tuve el honor de conocer. Me llamó la atención su naturalidad, su sencillez, su humildad, su rostro de hombre bueno. Él, que era un corredor de aquella élite de atletas legendarios, que marcaron una época, que enseñaron el camino, recordando los versos del poeta, de caminantes y caminos, para que siguieran las huellas de su ejemplo, aquellas que nunca se perdieron porque hubo legiones de corredores que las siguieron. Él fue caminante, fue camino, y fue atronador silencio, al que siempre mantuvo vivo el eco, ese eco que el Carmona mantuvo vivo pronunciando su nombre en cada zancada, a cada kilómetro, a cada metro.

Rafael, son tus huellas

el camino y nada más;

Lole Camacho, no hay camino,

se hace camino al andar.

Manolo Andreu, al andar se hace camino,

y al volver la vista atrás

se ve la senda que nunca

se ha de volver a pisar.

Enrique Pérez Traverso, no hay camino

sino estelas en la mar.

Ese es el verdadero sentimiento, eso es lo que representa ser carmonero, lo que muestra su escudo, su figura, su monumento en el Parque Sargento de Infantería de Marina Rafael Carmona Páez, lugar de adioses y encuentros, donde se levanta tu figura en amaneceres serenos, donde la luz se hace vida y se marcha en las sombras de atardeceres de fuego, en la primavera de la bahía, en la tierra de sus ancestros.

Ser grandes en la humildad, pequeños en la grandeza. La gloria es efímera, mundana, sin alma ni cuerpo, es solo un instante, un soplo de vanidad, reflejos de luna llena en los mares del universo. Los valores permanecen, te invisten de autoridad moral, de unicornio fabuloso y marcan la verdadera dimensión de cada persona, de cada corredor, de cada carmonero.

Mis recuerdos van y vienen, me estoy haciendo viejo. Como me decía un amigo, no llenes tu vida de años, llena tus años de vida, de pasión, de sentimientos, de servicios a los demás.

Me traen mil recuerdos de tantos compañeros, reversos de monedas antiguas, de aquellos tiempos, de tantas carreras de entonces, de tantas vivencias que hoy duermen en los baúles de los tiempos, esperando que venga la inspiración del poeta que cada un llevamos dentro, a desempolvar las leyendas de cíclopes y titanes, de Filipides y Maratones, de esforzados de la ruta que nunca murieron.

Y solo puedo esbozar sonrisas porque ha sido una etapa viva, rica, fructífera de mi vida. Inigualable...

Y esa historia empezó hace ya 25 años.

Gracias por honrarme una vez más, haciéndome el inmenso honor de poder expresar con la palabra, lo que siente un viejo corredor, cuando se siente carmonero, con la vista franca, el pulso firme y el corazón abierto.

Gracias, un millón de gracias, por devolverme al pasado y al presente, a rememorar tantos éxitos, tantos recuerdos, tantos amigos, a todos, sabéis que en mi corazón tenéis un trocito de playa, un pedacito de cielo, donde siempre reina la luz, el silencio de los hombres buenos, ese que siempre hemos compartido con Rafael, con los que con él se fueron, y con los que por aquí seguimos, sintiendo, que ser del Carmona es una auténtica pasión por ser camino y ejemplo.

Es puro sentimiento, ese que habita en las mareas de la memoria, en el universo infinito donde se crean los sueños, en ese arcoíris de ilusiones que hace que todo sea posible, en ese inmenso cielo azul de caminos y encuentros.

Qué magníficos ejemplos de vida, que manera de correr, que forma de vivir, mis queridos carmoneros.

El poeta supo expresarlo con estos versos.

A la buena gente se la conoce

en que resulta mejor

cuando se la conoce.....

Pero, al mismo tiempo,

mejoran al que los mira

y a quien miran.

Cometen errores y reímos,

pues si ponen una piedra en lugar equivocado,

vemos, al mirarla,

el lugar verdadero.

Enrique, Carmoneros, mi agradecimiento eterno, mil gracias por haberme dado este ratito de felicidad, como diría Andy Warhol, todo el mundo se merece quince minutos de gloria. Pero la gloria aquí será para el ganador de este bonito logo.

Y creo que todo lo que significa para nosotros este sentimiento, has sabido expresarlo con especial maestría en ese logo tan carmonero.

Esta marea azul que es la familia del Carmona Páez te agradece tu trabajo y por ello te premian con lo más hermoso que te pueden ofrecer: su eterna gratitud.

Mil gracias compañeros.